



LAS  
TUMBAS  
TAMBIÉN  
HABLAN

Y LAS FLORES TIENEN MEMORIA. AUNQUE  
OLVIDEN EL INVIERNO

FRANC MURCIA



En un cementerio aparecen los cuerpos de dos adolescentes y un hallazgo espeluznante conecta las muertes con la ejecución de una familia muy conocida de la localidad. Todo apunta a unos asesinatos por encargo y el inspector Cantos se enfrentará a un caso que hurga en viejas heridas y pretende un ojo por ojo con un objetivo oculto. A medida que nuestro detective preferido tira del hilo desenterrará un pasado que sigue gritando desde su tumba. La entidad del caso, la nueva irrupción de Inés Gimeno y el padre Raurich y la aparición de un viejo amigo de su socio hacen que Cantos se cuestione muchas cosas. Entre ellas, su futuro como policía.

# Índice de contenido

1. Agujeros en la tapia del cementerio
2. Madrugada de amaneceres
3. Flores raras
4. Parentescos
5. Comprender lo incomprensible
6. Cuerpo y alma
7. Tierra de huesos
8. Cementerios de piel y asfalto
9. Apetitos
10. Patear la ciudad
11. Millones de destinos; un único final
12. Puertas giratorias
13. Un rostro pixelado
14. Nuevas ilusiones
15. Siemprevivas
16. Llamadas y súplicas
17. Libros y relicarios
18. Sin pasado ni futuro. Solo presente
19. Ausencia, melancolía y deseo
20. Cerveza, olivas, salchichón y malas noticias
21. Contra la pared
22. Más flores
23. De fugas y éxodos
24. Una nana al albor de un desvelo
25. Nuevas teorías
26. Memoria y paz
27. Mascarilla y guantes
28. Otros tiempos
29. Solo pienso en ti

30. Encontrar el compás
  31. Otra generación y otros arrabales
  32. El Muecas
  33. Sirenas
  34. Una mosca con vuelo errático
  35. Heridas abiertas
  36. Ratas de cloaca
  37. Mañanas yermos
  38. Luces azules
  39. La danza de los preludios
  40. Jaulas y libertad
  41. Cuadernos
  42. Necesidades y resolución
  43. Inclemencias
  44. Constelaciones en fondo índigo
  45. Nuevas ilusiones
- Nota del autor
- Agradecimientos
- Sobre el autor

*A Roque*

... la vaca del viejo mundo  
pasaba su triste lengua  
sobre un hocico de sangres  
derramadas en la arena...

Federico García Lorca,  
*La sangre derramada*

## 1

## Agujeros en la tapia del cementerio

Una luna con sobrepeso se desprendía de un cielo que se esforzaba por sostenerla. La nieve había perdido su pureza y languidecía sucia, olvidada y ajena al esplendor que aún mantenía en sus últimos reductos. El satélite, empecinado en espiar a la pareja que se acariciaba con ardor, se arriesgaba a estrellarse contra los restos de la tormenta blanca caída el día de santo Tomás de Aquino.

En su obsesión por respirar a través de los pulmones del otro, Lucía y Chema olvidaron el objetivo que los llevó hasta allí: colarse en el cementerio. Cuando pudieron separarse y recuperar su propio aliento, miraron alrededor y descubrieron que no había ni un alma en la calle. El año 2006 iniciaba su singladura con un frío extremo, lo que provocaba que fuese poco apetecible salir al relente y, menos, a esas horas y en aquel lugar apartado.

Chema volvió a besar a Lucía antes de alejarse en busca de algún sitio por el cual pudiesen acceder al camposanto y la muchacha, en un gesto defensivo, se cogió con fuerza las solapas del abrigo al percibir el silencio que dominaba la ciudad de los muertos vestida con el manto que la hacía lucir más amenazadora. Con el pensamiento de qué diablos pintaban allí con aquel frío cuando podían estar disfrutando en la habitación de un hotel, fue a buscar a su acompañante.

Les quedaban pocos días para seguir juntos. Ella se marcharía a Londres con la beca que tanto esfuerzo le ha-

bía costado conseguir y se uniría a uno de los mejores grupos de investigación en ingeniería biomédica. Chema se quedaría en Santa Coloma y compaginaría sus estudios de pedagogía con un trabajo en una fábrica para ayudar a su madre en el sustento familiar. Era el mayor de cuatro hermanos. La larga enfermedad que exprimió hasta extinguir la vida de su padre truncó su suerte y le hizo abandonar sus sueños de triunfar en el fútbol sala.

Entonces, Lucía tropezó, masculló una maldición y vio la sombra que apareció de la nada.

La figura, cuando se percató de la presencia de la joven, se detuvo, buscó algo dentro de su ropa y miró a Lucía con descaro. El tiempo parecía que se hubiese detenido. Mientras, lo que demonios fuese aquella aparición, sopesaba en la mano lo que extrajo de su chaqueta. La muchacha se movió nerviosa e intentó guardar la calma y disimular que no prestaba ninguna atención a la silueta aparecida de las sombras de la noche y que se mantenía quieta, clavada al suelo, como si meditara qué paso iba a dar.

Lucía tenía la seguridad de que las intenciones de quien fuese aquella silueta no eran buenas y deseó que se alejase de una vez y dejara de crisarla aún más de lo que estaba. Pero eso no sucedía. La criatura seguía escrutándola desde la distancia y permanecía inmóvil cerca de una farola que aumentaba su sombra y el desasosiego de la muchacha. Entonces, la figura empezó a caminar en dirección a Lucía y la joven comenzó a temblar de frío y horror. Paralizada, no pudo pensar con nitidez ni emitir una voz de auxilio. Lo único que consiguió hacer, fue comprobar que la silueta que caminaba muy despacio hacia ella se trataba de un tipo corpulento que ocultaba su rostro bajo una capucha y una braga de cuello. Cuando faltaban pocos metros para que llegara donde se encontraba ella, el individuo se detuvo. Lucía creyó adivinar unos ojos árticos enterrados en unas profundas cuevas tan frías como el suelo que pisaba. El



hombre parecía que dudaba y, tras un segundo, dio media vuelta y apretó el paso hasta desaparecer en la oscuridad.

Justo en aquel instante, Chema le puso la mano en el hombro y Lucía, de la impresión, soltó un grito que rasgó la noche.

—¡Imbécil!, casi me matas del susto.

—Joder, Lucía, es solo un cementerio. ¿Te vas a rajar a estas alturas?

—¿Es que no has visto al tipo que venía hacia mí? No tenía buenas intenciones.

—¿Qué rollo me estás contando? No había nadie.

—Mira, Chema, si se trata de una de tus bromas, te has pasado tres pueblos.

—Pero... ¿qué dices? ¿Qué broma ni qué niño muerto? He encontrado un agujero y nos podemos colar sin demasiado esfuerzo. ¿Vas a venir o entro yo solo? He estado esperándote más de dos horas y ahora me quieres dejar tirado.

—Volvamos a casa, porfa, Chema —dijo abrazándose a su acompañante—. Hay algo que no me gusta. Me da muy mala espina.

—Hice una promesa y tengo que cumplirla, Lucía —dijo con su mejor sonrisa y, tras tomar el rostro de la muchacha, añadió—: Tienes la cara helada.

—Y tú las manos —rebatía apartándose.

—Está bien. No entres si no quieres. Te acompaño a casa y vuelvo solo.

—¿Estás loco? ¿Cómo vas a volver otra vez? Te llevaría más de una hora.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—De acuerdo. Entra tú y yo vigilo que no venga nadie.

—¡Genial! Serán cinco minutos.

—¿Sabes dónde está el nicho?

—Ya lo hemos hablado mil veces. Claro que sí.

—Nunca encuentras el coche en el *parking* del centro comercial —se burló—. Y menos ahora que llevas unas

cuantas copas encima.

—Y tú, no te jode...

Las luces de un auto barrieron la tapia del cementerio y los partió por la mitad. Miraron para comprobar que no fuese la policía. Entonces, Chema besó de nuevo a Lucía y corrió en busca del paso que localizó en el muro.

—¡Aguarda! Voy contigo —sentenció decidida.

Él se detuvo a esperarla y al llegar a su altura, la abrazó y le susurró al oído:

—Esta es mi chica...

El sitio por donde accederían era un agujero practicado en la parte baja de una tapia. En el suelo había una rejilla sobre un túnel que hacía las veces de desagüe y cloaca. Chema pasó primero y animó a Lucía a hacerlo despacio. Estaba dándole indicaciones con tono tranquilizador cuando escucharon un ruido que provenía del interior del cementerio. Él se giró, como impelido por un resorte, en busca de lo que causó el sonido. Muy quieto, Chema hizo la señal de callar y observó los edificios de nichos, las sombras que proyectaban los árboles, la nieve que se fundía en su proceso imperceptible y los cables eléctricos cercanos sin pájaros curioseando; pero no encontró nada. No acababa de dominar el galope de su corazón cuando Lucía empezó a gritar.

—¡Chema, por dios, ayúdame, por favor...! ¡Me sujetan por detrás!

El muchacho, que no podía ver qué sucedía, fue a coger a Lucía de la mano que le ofrecía y tiró de ella mientras la chica pataleaba, vociferaba y sollozaba a causa del terror que la invadía.

—¡Ayúdame, Chema! ¡No dejes que me lleve...!

Tras unos segundos, y después de aplicar todas sus fuerzas para librar a Lucía de lo que la atrapaba, logró liberarla.

Se abrazaron y, entretanto, Chema procuraba calmar la desesperación de Lucía. Le pareció ver que algo se agitaba en el agujero y, sin soltar a la muchacha, comprobó que se trataba de un jirón de ropa ensartado en un hierro que sobresalía y que se estremecía mecido por el viento.

—Ey, tranquila, tan solo te has enganchado la chaqueta. Ya está, cielo. Estás a salvo. Nunca permitiré que nada ni nadie te haga daño.

La muchacha se aseguró de que era cierto lo que le decía Chema. Entonces, se frotó la cara con las manos y, cuando las retiró, dijo con una sonrisa en los labios:

—Me he comportado como una tonta... Si se lo cuentas a alguien, te cortaré los huevos. Hablo en serio. Muy en serio.

Chema sonrió al ver que Lucía superaba el trance. La miró con devoción y recordó lo mucho que la echaría de menos cuando se marchara a Londres. No era bueno en calcular dimensiones y menos la que abastaría su ausencia, pero imaginó que sería como poner un océano bocabajo. Antes de que la licuación de sus sentimientos se desbordase, acarició la mejilla de la muchacha con el dorso de la mano y agachó la cabeza con disimulo.

—Era tu abrigo favorito —acertó a decir con una sonrisa.

Lucía esperaba que él le gritase que no se marchara, que era alérgico a la añoranza y que no podría respirar si ella no estaba a su lado. Entonces, le regaló su mejor sonrisa y no dijo nada. Tenía claro que no lo diría y menos desde que las responsabilidades asfixiaban poco a poco la inocencia y despreocupación natural de Chema. También sabía que no lo hacía por miedo a matar un sueño ajeno que se convertía en realidad. Sería muy complicado vivir a más de 1 000 kilómetros de la persona que más amaba en este mundo.

—¡Era mi único abrigo!

—Ya tienes excusa para ir de compras en Londres.

Lucía volvió a sonreír.

Y ambos, más recobrados del susto, comenzaron a bromear sobre lo ocurrido, lo que les ayudó a descargar la tensión acumulada.

Más calmados, echaron un vistazo al camposanto. Lo que más respeto les imponía era el silencio que reinaba dentro, las fotos esmeriladas que brillaban en algunas lápidas y la bella verja de forja que cerraba el recinto. El viento apenas soplaba y confería al escenario de una pátina de quietud tan improbable que compungía. Los cipreses parecían dibujados por una pluma macabra y daba la impresión de que, en su afán por pasar desapercibidos en aquel santuario a la muerte, mostrasen cierto desprecio ufano por el lugar que les facilitaba la vida.

Chema caminaba tranquilo a la espera de encontrar algo que le dijese que estaba en el camino correcto hacia el nicho que buscaba. Mientras, Lucía observaba las lápidas que le llamaban la atención por algún detalle: la foto del finado, sus apellidos, si tenía flores recientes o no, o por la antigüedad de la tumba. Allí estaban enterrados muchos de sus antepasados, pero no recordaba si los había visitado alguna vez. Sus padres no eran muy aficionados a ir al cementerio y siempre que sacaba el tema, ellos se escabullían y solo repetían que, cuando muriesen, deseaban que les incinerasen.

Pasados unos minutos, Lucía se adaptó al lugar y continuaba observando los detalles de las tumbas. Por el contrario, Chema empezó a perder la seguridad y comenzó a mirar de reojo a su compañera para intentar discernir si estaba tranquila o notaba que se encontraban completamente extraviados.

—No sabes dónde está la tumba, ¿verdad? —dijo la muchacha tras deambular un centenar de metros más.

—Era arriba del todo. Pero ha pasado mucho tiempo. Habrán ampliado el cementerio.

—Es lo que tiene la vida. Cada día muere gente.

—No te pongas cínica, por favor.

—Pues abre la cerveza ahí —dijo Lucía indicando con la cabeza un banco cercano—, hacemos el brindis y listos...

—Espera un poco. Daré otra vuelta a ver.

—Como prefieras. Yo me quedo aquí. Quiero echar un vistazo a aquello —dijo señalando un pequeño espacio que parecía reservado y donde aparecían lápidas sobre tumbas excavadas en la tierra.

—¿Estás segura? —preguntó—. Hace unos minutos estabas acojonada.

Lucía le sacó la lengua y se fue a inspeccionar el lugar antes señalado. Chema, abriendo los brazos, negó con la cabeza y siguió con su búsqueda.

—Si te pierdes, yo te encontraré, no te preocupes —gritó burlona.

Él, con una señal, le dijo que lo dejase en paz y se concentró en dar con la tumba que andaba buscando.

A Chema todas las paredes y bloques le parecían iguales y cayó en la cuenta de que nunca hasta ahora había visto tumbas en el suelo. Ese pensamiento le provocó en el estómago la sensación que produce el miedo. Entonces, escuchó como si alguien pisara una rama seca y se giró.

No vio nada.

—¿Lucía? —Esperó unos segundos intentando escrutar la noche—. ¿Eres tú? —Nadie le contestó—. ¡No tiene gracia!

Aguardó un rato más con todos los sentidos alerta. Pensó que quizá Lucía tenía razón y lo mejor era abrir las cervezas en el banco, brindar y largarse de allí.

Iba a regresar en su busca cuando notó otro ruido detrás de él. Mucho más cerca que la otra vez.

Se giró con rapidez.

Y, de nuevo, nada.

Solo silencio.

Y oscuridad.

Fue en ese instante que escuchó el grito:

—¡Uh!

Y Lucía le agarró por la espalda.

—¡Joder! ¡Estás loca! ¡Casi me matas del susto...!

La muchacha no podía dejar de reír mientras Chema intentaba recobrase del sobresalto.

—Si cuentas lo de antes yo contaré que has manchado los calzoncillos —dijo Lucía con tono burlón después de sacarle la lengua.

—Eres muy tonta...

—¿Has encontrado la tumba?

—No.

—Déjalo estar. No la encontrarás en la vida.

—Esto ha perdido la gracia, Lucía. Brindamos aquí mismo y nos largamos, mañana tengo mucho trabajo.

Chema maldijo para adentro. Al día siguiente, de hecho, ya era domingo, se celebraría la fiesta de despedida que le había organizado. Aunque era una sorpresa, ella tenía la mosca detrás de la oreja.

—Mañana es domingo, Chema. ¿Dónde vas a trabajar? Es mi último día en Barcelona —dijo Lucía con un tono de reproche.

La muchacha se arrepintió enseguida de recriminarle lo del trabajo. Estaba al tanto de que su familia necesitaba ingresos y cualquier oportunidad de sacar un dinero extra era bienvenida. O tal vez solo se trataba de una absurda excusa. Era consciente de que tramaba algo y que seguramente le organizaban una fiesta sorpresa. Le había dicho un millón de veces que ni se le ocurriese montar nada. Aunque en el fondo le hacía ilusión aquella celebración en su honor, así que le dedicó la sonrisa con olor a sandía más seductora que pudo dibujar.

—¿Nos vamos? —rogó Chema.

—Espera, allí detrás acaba el cementerio. Vamos a mirar y si no la vemos, brindamos donde has dicho y nos largamos de aquí.

—Me ha entrado *yuyu*. Quiero pirarme de este lugar.  
¡Ya!

Lucía lo cogió de la mano y lo llevó hasta donde le indicó, a los límites del cementerio por la parte más cercana a la ciudad, pero no encontraron lo que les había llevado hasta allí.

Chema, muy nervioso, se rascó la cabeza y se volvió a contemplar el espacio que abarcaba el camposanto.

—Buscaré otro agujero para salir por este lado. Paso de volver a cruzar todo el cementerio.

—Tranquilo —dijo Lucía, que se acercó y lo besó en la boca con ternura.

Estuvo a punto de decirle cuánto echaría de menos sus labios y sus manos y el gesto de rozarle la piel con la punta de los dedos, pero las prisas por salir de allí y la ansiedad de Chema por abandonar la ciudad de los muertos lo antes posible, no lo permitieron.

Rehusaron abrir las cervezas y hacer el ansiado brindis, caminaron junto al muro un rato en busca de un sitio por donde escapar y vieron un objeto que brillaba unos metros más arriba. Se dirigieron con decisión hacia aquel punto y descubrieron que era una puerta metálica y que estaba abierta de par en par. Se miraron y, sin decir una palabra, se dispusieron en pacto tácito a salir a toda prisa y no mirar atrás.

Entonces, algo llamó su atención y clavaron la vista en el suelo.

El terror, que invadió sus corazones y sus nervios, consiguió que no actuaran ni que pensarán con claridad. Tampoco, que percibiesen cómo una figura cruzaba la puerta.

Chema recibió el impacto en la frente, la bala dejó su sello impreciso en el lacre bermellón, y cayó inerte en la nieve manchada de tiempo y sangre. Lucía gritó mientras aspiraba el aroma dulce del viento balístico y la muerte. Su alarido quedó ahogado por la hoja del cuchillo que le rebanó el cuello en un gesto burdo, rápido y efectivo: le arrancó